Julio Broutá y Enrique Jiménez de Quirós

LA RETRETA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ESCRITO EN ALEMÁN POR

FRANZ ADAM BEYERLEIN

traducido y arreglado para la escena española



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

LA RETRETA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ESCRITO EN ALEMÁN POR

FRANZ ADAM BEYERLEIN

traducido y arreglado para la escena española

POR

Julio Broutá y Enrique Jiménez de Quirós

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 15 de Marzo de 1906



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1906

FRANZ ADAM BEYERLEIN

Este célebre autor alemán es muy joven, pues nació en Meissen (Reino de Sajonia), el 22 de Marzo de 1871, y es hijo de un acaudalado propietario.

Primeramente se dedicó á los estudios históricos y jurídicos, y después, en 1894, fundó la «Sociedad Literaria de Leipzig» con el propósito de difundir las nuevas teorías que empezaban ya á imperar en el arte dramático, debiéndose á sus esfuerzos que se representaran por primera vez en Alemania, *La intrusa*, de Maeterlinck y *Erdgeist*, de Wedekind.

Las obras dramáticas que más fama han dado á Beyerlein son: la tragedia *Demonio Othello* y los dramas *El capataz* y *La retreta*.

Este último, primera obra suya estrenada en España, ha sido representado en los principales teatros de Europa y de los Estados Unidos, obteniendo en todos el mismo aplauso que en Madrid y el mismo favor de la crítica.

Beyerlein ha cultivado también la novela con excelente éxito, habiendo escrito, entre otras: *La vida gris*, *Similda Hegewalt* y *¿Jenz ó Sedán?*

Esta última novela, destinada como *La retreta* á combatir los excesos del militarismo, apasionó mucho los ánimos, y obtuvo un éxito tan grande, que es uno de los libros que han alcanzado en Alemania mayor número de ediciones.

Madrid, 1.º Abril 1906.

Julio Broutá

Enrique Jiménez de Quirós

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CLARA............................	SRA.	PINO.
ROSLER, sargento del regimiento Hulanos de Magdeburgo	SR.	BORRÁS.
ADELNAU, capitán del mismo........		RUIZ-TATAY.
DE LAUFFER, teniente id..........		LLANOS.
CAPRIVI, ídem id.................		GONZÁLVEZ.
BURGRAF, cabo id.................		RAMÍREZ.
MILER, idem íd....................		GONZÁLEZ.
CONDE DE VALDEMAR, capitán de Coraceros.........................		MENDIGUCHÍA.
RITTER, comandante de Artillería......		MARTÍ.
PRIMER CONSEJERO DE GUERRA..........................		RUIZ-TATAY.
SEGUNDO IDEM, fiscal............		ACUÑA.
TERCERO IDEM, secretario del tribunal.		HERRERA.
FABER, teniente de Infantería.........		NAVARRO.
BLASIUS, asistente de De Lauffer.......		GATUELLAS.
DOLART, hulano...........		AGUIRRE.
ORDENANZA DEL TRIBUNAL...		SALA.

La acción en Sennheim. Guarnición alsaciana



ACTO PRIMERO

La escena representa el cuarto de servicio del escuadrón. A la derecha del espectador una ventana con persiana. Delante de la ventana una mesa con recado de escribir y una silla. En el fondo una puerta. A la derecha de ésta una percha con el sable y el cinturón del sargento Rosler, y un pequeño armario con papeles. En un ángulo un arcón. A la izquierda una mesa y una silla parecidas á las otras. En otro ángulo enseres de aseo, palanganero, toalla, etc.—Es de día.

ESCENA PRIMERA

ADELNAU y ROSLER, ambos de uniforme

ADEL. (Con uniforme cubierto de polvo y fusta de montar. Estará sentado en la mesa de la derecha leyendo una lista.) Ya esto se puede dejar así... Sin embargo... Sargento Rosler.

ROS (Estará escribiendo en la otra mesa. Cuadrándose.) Mi capitán.

ADEL. Si supiese usted, sargento, lo nervioso que me pone esa precipitación con que se levanta y esa minuciosa observancia de la ordenanza militar, las suprimiría usted.

ROS. Mi capitán, dispense...

ADEL. Sí, yo comprendo que si el sargento más antiguo, que es el que debe dar á todos ejemplo, se descuida, adiós disciplina, y que esto será lo que usted querrá decir, pero

tenga usted presente que aquí nadie nos ve. Además, ¿qué importan ciertos detalles? ¿No saben todos que los dos hemos servido juntos diez años sin dar jamás motivo á la menor queja? Le repito que le agradeceré mucho que prescinda de ciertas formas.

ROS. A la orden, mi capitán.

ADEL. Dale. Dice usted: «á la orden» y me desobedece. (Amenazándole en broma con la fusta.) Mucho cuidado conmigo, porque le emborrono su hoja de servicios con unos días de arresto por desobediencia á su jefe de escuadrón. Pero vamos á nuestro asunto, ó sea á la distribución de los caballos para las maniobras de otoño, lo cual no me desagrada, exceptuando el haber destinado al teniente de Lauffer la yegua Coralina, cuando yo dije que se le diera la Diana.

ROS. A la orden, mi capitán.

ADEL. A la orden, no; porque no le pone usted la Coralina.

ROS. Dispense, mi capitán. El señor teniente de Lauffer estará al frente de la tercera compañía, y la Diana es un animal muy malo, pero muy malo.

ADEL. Ya sé yo que si la Diana entra en filas no deja en paz á ninguna bestia, pero precisamente por eso hubiera yo querido dársela á de Lauffer, que es tan buen ginete.

ROS. ¡Ya lo creo que lo es!

ADEL. Pues entonces...

ROS. También sabe montar Burgraf, y como hace mal efecto en la tropa si un oficial es desmontado, por si el teniente lo fuera, no le he dado la Diana.

ADEL. ¡Qué ha de ser desmontado de Lauffer, si es un ginete como no hay otro! No me venga usted con músicas. Bien está que trate usted de favorecer al teniente, pues sé que su padre, el general, le salvó á usted la vida el año 70, sacándole de entre los coraceros franceses, pero escuche usted lo que me escribe su padre. (Leyendo una carta.) «Querido capitán, etc., etc. Aunque el chico me man-

de un millón de cartas diciéndome que usted le molesta y le hace la vida insoportable, no le haré caso y le agradeceré á usted que haga de él un buen oficial de caballería, que es mi único deseo.» Ya ve usted, Rosler, lo que dice el padre. Además, le diré á usted que el que no se ha roto una clavícula lo menos tres veces, no es un buen oficial de caballería. Conque no hablemos más, y dele á de Lauffer esa fiera.

ROS. A la orden, mi capitán.

ADEL. (Enseñándole la lista.) Según veo, de otros no se cuida usted tanto como de Lauffer. Aquí leo: «Sargento Rosler, Zaida.» ¡Caramba! Ese animalucho sí que no lo montaría yo. Me parece que ese caballo debía usted dejarlo para otro más joven que usted.

ROS. Mi capitán, estoy acostumbrado á montar la Zaida desde las pruebas de la remonta.

ADEL. Bueno, pero no hay que fiarse, que ya no es usted un pollo. Tiene usted cincuenta años, y de ellos treinta de servicios; ya es justo que usted descanse.

ROS. Dispense, mi capitán. Si usted quiere decir que ya soy viejo y no puedo cumplir, entonces... entonces... mi capitán, le ruego que me lo diga. Sentiré mucho separarme de mi regimiento, pero no quiero que el servicio del Emperador se resienta por mí.

ADEL. Rosler, desde que mando el escuadrón, ésta es la primera vez que tengo motivo para reprenderle á usted de veras. Le digo una cosa que sabe todo el mundo, y es, que el hombre, cada día que pasa, se acerca más á su fin, y la toma usted por la tremenda, sabiendo como sabe lo mucho que le aprecian desde el general al teniente más joven. Hace diez años que está usted á mis órdenes, y en ese tiempo he podido conocer al hombre y al sargento. Pronto ascenderé á comandante, y Dios sabe adonde me destinarán, pero créame, Rosler, usted será siempre recordado por mí como un modelo de militares prusianos.

ROS. Gracias, gracias, mi capitán. (Estrecha la mano que le tenderá el capitán.) Perdóneme, hice mal, pero al fin, algún día tendré que dejar el servicio, y, francamente, yo que no he temido á nada en el mundo, temo abandonar el ejército, y me llena de angustia pensar que algún día, quizás muy pronto, tendré que separarme de mi regimiento.

ADEL. Lo comprendo. Si su hijo viviera le sería á usted menos dolorosa la separación del servicio militar, porque su hijo hubiese continuado la tradición del padre, siendo tan buen sargento como usted.

ROS. Dios me lo quitó, y El sabe lo que se hace. Cúmplase su voluntad.

ADEL. Le queda á usted su hija Clarita.

ROS. (Con alegría.) Sí, mi único tesoro. La chiquilla vale un imperio.

ADEL. ¡De verdad que es una perla! Qué afortunado será el que se case con ella.

ROS. Gracias, mi capitán. Y ya que hablamos de esto, dígame si el cabo Miler podría obtener licencia para casarse.

ADEL. (Sorprendido) ¡Miler! Creo que no habría inconveniente. ¡Conque ese es el agraciado! Es natural, usted le ha criado, los chicos se conocen desde niños, y hoy ha regresado de Hannover. Tiene buen aire y es un bravo muchacho; en el Instituto militar se ha portado bien; algo terco es, pero vale. Lo que no sé es si Clarita encontrará á Miler de su agrado.

ROS. Creo que sí, mi capitán.

ADEL. Eso lo sabrá ella. Sólo una cosa le digo, Rosler, y es que no influya usted en ese asunto. Esas cosas hay que dejarlas que ellas mismas se arreglen.

ROS. Yo no puedo influir en esa cuestión, porque la muchacha es buena y honrada como la que más, pero la subordinación militar todavía no he conseguido hacérsela aprender.

ADEL. No es extraño, porque los reglamentos del ejército no se han hecho para todo el mundo, ni menos para las mujeres. (Se dirige á la puerta.)

ESCENA II

DICHOS y CLARA

CLARA (Entrando de prisa.) ¡Ah! Señor capitán, dispense; quería hacer una pregunta á mi padre, creyendo que estaría solo.

ADEL. (Galantemente.) No tengo nada que dispensarle, y sí que rogarla que acepte esta rosa. (Quitándosela del ojal.) Es de Francia, y ¿quién sabe si por ella nos declararán la guerra los franceses?

CLARA No llegará á tanto, señor capitán. Muchas gracias. (Poniéndose la rosa en el pecho.) ¿Conque tan lejos fué usted esta mañana?

ADEL. Ya lo creo. Hasta la frontera. Los dragones de Giromañy estaban ya haciendo ejercicio. Cogí la rosa de la mata francesa, y grité al capitán enemigo: *Pour mon amour.* El saludó y respondió: *Bien des choses de ma part.* Conque ya ve usted, Clarita, hasta el capián se pone á sus pies.

CLARA Qué bromista es usted, señór capitán. De todos modos, la rosa es muy bonita y se la agradezco á usted mucho.

ADEL. Hace bastante tiempo, cuando usted era una criatura, al ser yo trasladado aquí desde Namslau, donde estaba en los dragones de Silesia, tuve un desengaño amoroso, y desde entonces me contento con ofrecer á usted una flor de vez en cuándo, pero usted es tan cruel y tan ingrata que no me hace caso. (Se finge ofendido.)

CLARA ¡Señor capitán! ¡Cómo bromea usted conmigo! Pero cuando me trae flores no me enfado.

ADEL. Esa generosidad me consuela de sus desdenes. Vaya, no quiero detenerla más y me retiro. Adiós, Clarita. Sargento, adiós.

CLARA Adiós, señor capitán.

ROS. A la orden, mi capitán. (Vase el capitán y Rosler se sienta á escribir.)

ESCENA III

ROSLER y CLARA

Ros. ¿No te tengo dicho que no vengas aquí á estas horas? El capitán creerá que yo no hago más que charlar aquí contigo en cuanto él vuelve la espalda (Indicándole que se marche.)

Clara Voy al momento, pero antes debo decirte que un ordenanza del Casino de Suboficiales ha venido á preguntar de qué clase de cerveza ha de ser el tonelito que han pedido para esta noche.

Ros. De la mejor.

Clara Pero, oye, papaíto, ¿qué hay esta noche?

Ros. Hay... curiosidad. Vete, que tengo que hacer.

Clara En cuanto me digas lo que hay, te dejaré escribir aunque sea hasta la noche. Vamos, papá. (Sentándose.)

Ros. Bueno, pues hay... que ha llegado alguien.

Clara ¿Y quién es ese personaje para que se le obsequie con un tonel de cerveza?

Ros. Un personaje que ha estado en el Instituto militar de Hannover. (Clara, al oir esto, se manifestará contrariada.) El cabo Miler se incorpora á su escuadrón. Pero, ¿qué tienes? ¿No te alegras?

Clara Sí... ya lo creo...

Ros. Y cuando se marchó Miler vertiste un mar de llanto.

Clara Es verdad; pero entonces yo era una criatura que lloraba sin saber por qué.

Ros. (Serio.) Clarita, ven aquí, mírame, no bajes la vista. ¡Mil demonios! ¿por qué no puedes mirarme cara á cara? ¿Qué te lo impide? (Le mira.) ¡Qué tontería! ¿Qué puedes tú tener en tu alma que te impida mirarme?... Pero dime, hijita, ¿qué tienes? De algún tiempo á esta parte noto en tí algo extraño que no me gusta. Unas veces, sin motivo, cantas

como una alondra, y otras, sin motivo también, estás triste y bajas la cabeza ensimismada y sombría. Creo darte una alegría diciéndote que ha regresado Miler, y tú. .

CLARA (*Con aspereza.*) Me alegro de su vuelta, pero no creo que por eso debo ponerme á bailar.

ROS. Yo creía que erais novios.

CLARA ¿Quién ha dicho eso?

ROS. ¡Por vida de...! ¡Nunca sabe uno á qué carta quedarse con las mujeres! Habla claro, quiero saberlo todo, absolutamente todo, ¿lo oyes?

ESCENA IV

DICHOS y LAUFFER, de uniforme

LAUF. (*Entrando deprisa.*) Sargento, el capitán quiere ver á usted para algo referente á los suministros. Creo que faltan algunos fardos de heno en el último abasto.

ROS. A la orden, mi teniente. Aquí tengo la factura. (*Cogiéndola entre los papeles.*)

LAUF. Buenos días, señorita Clara. (*Confuso.*)

CLARA Buenos días, señor teniente.

ROS. A la orden, mi teniente. (*Vase llevando la factura.*)

ESCENA V

CLARA y LAUFFER

CLARA Federico mío. ¿Qué tienes? ¿En qué piensas?

LAUF. ¿En qué voy á pensar? En tí, en mi Clara, en quien pienso y pensaré siempre.

CLARA ¡Qué bueno eres, y cómo te quiero!

LAUF. ¿Has dormido bien esta noche?

CLARA No, me desperté muy pronto, y te ví salir esta madrugada.

LAUF. No te creo. Estarías durmiendo.

CLARA Te juro que no. ¡Cómo había yo de dormir

cuando todo un regimiento de hulanos salía á hacer ejercicios, y cuando tú ibas en él!

LAUF. ¡Y á las dos y media! La verdad es que en estas guarniciones de frontera el servicio es muy duro.

CLARA ¡Pobre Federico! ¡Cuánto te hacen trabajar! (Acariciándole.)

LAUF. Alguien viene. (Separándose de ella.)

ESCENA VI

DICHOS y BURGRAF, de uniforme

(Burgraf entrará precipitadamente; al ver al teniente se cuadrará y mirará á Clara sin sorpresa.)

LAUF. (Con sequedad.) ¿Qué quiere usted, cabo?

BUR. Mi teniente, el señor capitán quiere hablar con el sargento sobre el último suministro de forraje.

LAUF. Ya se lo dije al sargento, y se marchó hace rato.

BUR. A la orden, mi teniente. (Sale.)

ESCENA VII

CLARA y LAUFFER

LAUF. ¡Qué aspecto tan innoble tiene este cabo!

CLARA Sí, lo tiene. A mí no me ha hecho nada malo y, sin embargo, no sé por qué le tengo miedo.

LAUF. ¡Miedo! Repugnancia, querrás decir.

CLARA (Muy bajo.) ¿Nos vería aquella vez?

LAUF. ¿Cuándo?

CLARA Aquella vez que salía yo de tu cuarto al rayar el día, cuando él acababa de revisar la cuadra.

LAUF. Tonterías tuyas. No se te quita esa idea. Te repito que no vió nada.

CLARA ¡Dios lo quiera! pero no puedo desechar ese temor.

LAUF. No nos ocupemos más de ese hombre que sólo sirve para cuidar caballos, pues mientras los de los otros regimientos parecen arpas, los del nuestro todos están gordos y lustrosos.

CLARA Lo mismo dice papá. Vaya, Federico, me voy, que Dios sabe lo que Burgraf estará pensando de nosotros.

LAUF. Pero, hija, á nosotros, después de todo, ¿qué nos importa lo que él pueda pensar?

CLARA Tienes razón; pero qué quieres, no lo puedo remediar. Me voy. Adiós, Federico, (Se dirige á la puerta.)

LAUF. (Deteniéndola) Espérate. (Acariciándola.)

CLARA Qué loco eres, Federico mío, me vas á comprometer.

LAUF. Dime, Clarita, bien mío. ¿Quieres que nos veamos esta noche en mi cuarto después de la retreta? Dime que sí.

CLARA Pero, Federico...

LAUF. Sí, ¿verdad?..

CLARA Me parece que no podrá ser.

LAUF Si tú quieres, ¿quién podrá impedirlo?

CLARA (Pensativa.) Los suboficiales estarán esta noche en su casino, porque ha regresado Miler, y eso nos favorece... pero... en fin... iré. (Se apoya en el hombro de Lauffer.)

LAUF. Yo pondré en el quinqué la pantalla verde para indicarte que puedes entrar sin cuidado. (Clara quiere salir y Lauffer le coge la mano.)

ESCENA VIII

DICHOS y MILER, de uniforme

MIL. (Entra, y al ver á Clara queda sorprendido. Al ver al teniente se cuadra.) Soy el cabo Miler que he regresado hoy del Instituto militar de Hannover.

LAUF. ¿Le ha gustado á usted aquello? ¿Conque usted es Miler? vaya, me alegro. (Confuso.)

MIL. Hannover es bonita población, pero me gusta más esta. (Mirando á Clara.)

LAUF. Parece imposible, pero en fin, eso va en gustos.

MIL. Mi teniente, tengo el encargo de dar á usted recuerdos del señor teniente Eislében, de los hulanos del Rey.

LAUF. Es un buen amigo mío. Gracias.

CLARA Permítame usted, señor teniente, saludar á mi hermano.

LAUF. ¿Tiene usted un hermano?

CLARA Á Miler le llamo mi hermano, porque nos hemos criado juntos. (Da la mano á Miler.)

LAUF. ¡Ah! sí, lo había olvidado. (A Miler.) Rosler fué tutor de usted.

MIL. Sí, señor; mi teniente. Desde la edad de doce años he vivido en casa del sargento.

LAUF. Sí, sí, ya recuerdo. Vaya, adiós, señorita. (Sale contrariado inclinándose hacia Clara.)

MIL. Á la orden, mi teniente.

ESCENA IX

CLARA y MILER

MIL. (Cogiéndole la mano.) ¡Qué sorpresa, eh! Ni siquiera sospecharías mi regreso, porque á padre le recomendé que no dijera nada. Había yo ideado una sorpresa, una emboscada, algo así como un ataque de flanco en las maniobras, y me ha salido perfectamente.

CLARA (Esforzándose por seguir igual tono.) Ya lo creo, aunque padre me había dicho algo de tu regreso.

MIL. Al fin no pudo callarlo.

CLARA ¿Le has visto ya? (Quiere salir.) Voy á decírselo.

MIL. No te molestes, Clarita; padre estaba en la cuadra con el capitán, y al pasar le guiñé un ojo.

CLARA De todos modos, tengo que ir á casa. (Quiere salir.)

MIL. (Abriendo los brazos.) ¡Alto ahí! No se puede pasar.

CLARA No hagas tonterías, Miler, déjame salir.

MIL. ¡Tonterías! Vamos, Clarita. ¿No me quieres saludar como es debido? ¡Después de dos años de ausencia que me han parecido dos siglos!

CLARA Ya te dí la mano... me parece...

MIL. Sí, me diste la mano, pero el beso tendré que tomarlo yo. (Quiere abrazarla.)

CLARA (Se defiende enérgicamente.) Esas cosas no te las permito.

MIL. (Sorprendido.) Clarita, ¿qué es eso? ¿qué tienes? (Suplicante al ver que Clara quiere salir.) Antes nos llevábamos tan bien. ¿Por qué has cambiado tanto?

CLARA No he cambiado, Miler. Yo te quiero bien, pero debes considerar que ya no soy una niña, que han pasado dos años desde que te ausentaste, y que las niñerías de otro tiempo, no pueden seguir.

MIL. ¡Niñerías! Oye, Clarita, eso que tú llamas niñerías, no se me han ido de aquí ni un sólo momento, (Dándose en la frente.) todo el tiempo que he estado lejos de tí, allá en Hannover. Aunque allí el servicio es tan duro, que éste, comparado con aquél, parece un juego, no quise cambiarlo, porque no soy de los que se achican; yo quería aprender mi obligación, y la aprendí; pero hubiera querido que padre y tú hubiérais estado conmigo para animarme y consolarme, como me consolábais aquí cuando tenía un disgusto por causa del servicio. Entonces, padre me decía: «No te apures, esas son cosas que nos pasan á todos.» Luego venías tú, y cuando padre se marchaba, renegábamos juntos de los jefes. Ya ves, Clarita, cómo me acuerdo de todo eso que llamas niñerías.

CLARA Vaya, no seas así. Padre y yo, no lo dudes, te agradecemos mucho que te hayas acordado tanto de nosotros, y yo me alegro de tu regreso.

MIL. No me dices la verdad. Tú no me quieres

ya. Bien te lo conozco. No hace falta que finjas, pero dime al menos por qué no me quieres.

Clara ¡Que no te quiero!

Mil. (Con aspereza.) No te hagas la tonta. (Secamente.) Mira, Clarita, durante el viaje me he estado figurando la alegría que iba á producirte verme. Decía yo: «Si lloraba como una Magdalena cuando me marché, ahora, al verme, se arrojará en mis brazos.» Y, ya ves, me encuentro con que me recibes como á un extraño. No, Clarita, repasa tu memoria. Tú sabes muy bien que no merezco que me trates así. Recuerda que me he hecho hombre queriéndote, que no hay una hora de mi vida que no haya sido tuya, ni una sola ambición mía á la que no te haya asociado. Reflexiona que no se puede elevar á un hombre á lo más alto de la estimación, para arrojarlo luego á lo más hondo del desdén... Ni siquiera me dejas que me acerque á tí. Aquí debe de haber pasado algo, algo que temo adivinar. Antes nos besábamos...

Clara Porque antes, hasta nos llamábamos novios.

Mil. (Con ira) ¡Ya no lo somos! ¡Será posible!

Clara Cálmate, ten juicio.

Mil. ¿Cómo quieres que tenga juicio después de lo que me dices! ¡Maldito sea!...

Clara ¿Crees que con maldiciones vas á conseguir algo?

Mil. ¿Ofenden tus oídos? ¡Qué fina te has vuelto! Claro, yo no valgo para la señorita. Más te gustará un capitán que te regale flores. (Sorpresa en Clara.) No soy tan tonto que no me haya fijado en que el capitán, cuando me presenté á él, tenía esa rosa que tú llevas ahora en el pecho, y, es natural, ya no hay en tu pecho sitio para mí que soy un pobre cabo. Es más distinguido el vegestorio del capitán.

Clara Te aconsejo que no hables así delante de padre, porque si te oyera, ya te diría él cuántas son cinco. Me parece que en Hannover te has hecho socialista.

MIL. Yo no me he hecho socialista. Lo que he aprendido es que un oficial es un hombre como todos los demás, y no un semi-Dios.

CLARA Nadie dice semejante cosa, y, además, á mí te aseguro que me es indiferente lo que puedas pensar sobre eso. Lo que te suplico, es que no digas nada á padre de nuestras cosas, que él ya tiene bastante pena con pensar que pronto tendrá que dejar el servicio. Y, óyeme, voy á serte franca. Dices que me quieres; pues bien, yo lo siento mucho, pero no puedo corresponderte. Te quiero, sí, pero como se quiere á un hermano.

MIL. ¡Y tú me hablas así!

CLARA ¿Y cómo quieres que te hable?

MIL. ¡Por Dios, Clarita! Perdóname si te he ofendido con la tontería que te dije del capitán. Hablé así porque estaba celoso. Ya sé que te conoce desde que eras niña. Bien mirado, más motivos tendría para tener celos del teniente de Lauffer.

CLARA (Sobresaltada.) ¿Qué dices?

MIL. (Queda pensativo al ver la alteración de Clara.) Digo que cuando entré aquí ví que de Lauffer no quería soltarte la mano.

CLARA Era en broma y porque se despedía. (Aturdida.)

MIL. Cuando era alférez, yo le enseñé á montar. Al principio lo hacía bastante mal; era un niño mimado, pero yo le até corto y le daba duro.

CLARA ¡Qué lenguaje es ese tan irrespetuoso!

MIL. Déjame de tonterías. Si se presenta, me cuadro y le saludo como á cualquiera otro oficial, porque no tengo más remedio que obedecer, pero el respeto verdadero, profundo, ¿por qué he de mentir? no lo tengo, no lo puedo sentir por él. Para mí ese teniente no es más que un mozalbete presumido, con un bigotito muy cuidado.

CLARA Cuando yo digo que á tí te han cambiado completamente.

MIL Yo sé lo que juré cuando juré la bandera, y á ello me atengo.

CLARA El que te ensañes con el teniente de Lauffer lo encuentro muy mal hecho, porque bien sabes lo que hay.

MIL. Claro que lo sé. Su padre salvó la vida al nuestro el año 70. Eso hizo el viejo, pero ¿y el joven?

CLARA (Reprimiéndose.) Pregunta en el regimiento por él, y todos te dirán cómo se porta. De él sabemos todos que hará honor á su nombre.

MIL. ¡Caramba! Con qué calor le defiendes.

CLARA Nada de eso. Es que no quiero que le calumnien.

MIL. ¡Clara!... (Con ira.)

CLARA (Desde la puerta.) No me importan nada tus amenazas.

MIL. Entonces, ¿de Lauffer?

CLARA (Hiriendo el suelo con el pie.) Oyelo bien. No vuelvas á tomar ese nombre en tu boca. (Sale precipitadamente. Miler quiere arrojarse sobre ella, pero se para y se deja caer en una silla tapándose la cara con las manos.)

ESCENA X

MILER y BURGRAF

BUR Bien venido, chico.

MIL. Cuánto me alegro de verte. (Se abrazan.)

BUR. ¿Qué cara tan mustia es esa?

MIL. No sé. No tengo nada. Será figuración tuya.

BUR. Más vale así. (Tararea con indiferencia.) ¿Supongo que esperarás al sargento?

MIL. Sí, ¿y tú?

BUR Yo también. (Pausa.) ¿Te acuerdas del capitán Weinsperg, de los dragones de Baden?

MIL. Ya lo creo.

BUR. Le estrelló su caballo.

MIL. ¿Qué me dices? Era un gran chico.

BUR. Sí, pero muy aficionado á las mujeres, y por caracolear con su caballo delante de una, le despidió el potro y le estrelló. Las mujeres

no traen nunca nada bueno. Mira, chico, aún es tiempo. Déjalas.

MIL. ¿A quién dices?

BUR. A tí. No me vengas con tonterías. ¿Crees que no he visto salir de aquí una muchacha ahora mismo? Y tú, ¿por qué te has quedado como un penco enfermo? Te repito: déjalas.

MIL. Burgraf, tú sabes algo.

BUR. ¿Yo? No lo creas. Cuando oigo crujir faldas vuelvo la vista á otra parte. No quiero nada con las faldas.

MIL. Eso no rezará con Clarita, á la que forzosamente habrás visto salir y entrar aquí, de modo que sabrás lo que ha hecho en estos dos últimos años.

BUR ¡Qué he de saber! ¿Crees que yo no tenía más que hacer que seguirle los pasos?

MIL. Parece mentira que no sepas nada, cuando aquí no se mueve una rata sin que todo el mundo se entere. Esto sin contar conque nunca faltan malas lenguas que todo lo cuentan.

BUR. Te repito que no sé nada. Yo ni miro ni escucho lo que no me importa.

MIL. Pues si no sabes nada, ¿por qué me aconsejas que deje á Clarita?

BUR. (Riendo) Clarita, Luisa, Rosa, Matilde, ¿qué más da? Yo te digo: «Déjalas.» No te digo: «Déjala.» Pues si dejas una y tomas otra, ¿qué habrás adelantado? Déjalas á todas, á todas, que todas son unas infames.

MIL. Tú estás loco. ¿No has tenido madre?

BUR. Como todos, pero no sé quien fué mi padre. Mira, chico, yo también he sido como tú. Digo, como tú, no, sino más guapo y más gracioso, aunque me esté mal el decirlo. Entonces servía yo en el regimiento de la Guardia, (Ríe sarcásticamente.) y me casé con una muchacha más bonita que un sol. ¡Qué barbaridad! ¡Cómo la quería! ¡Qué dichoso era! ¡De pronto todo se acabó! Mi mujer se marchó con otro, que no sé quién fué, ni traté de averiguarlo, pero seguramente ten-

dría más dinero que yo para comprarle trapos, que era lo que á ella le gustaba. Hice como que me alegraba, pero aquí (Señalando el pecho.) se me despertó un odio capaz de devorarlo todo. Ese odio iba contra todas las mujeres, y hubiera querido verlas á todas reunidas delante de mí para matarlas á todas á cuchilladas y á palos, hasta caer rendido. Luego mi odio también se dirigía contra los que tienen dinero, porque el hombre que me robó mi mujer seguramente lo tenía. Entonces, á todos los que tenían algo, ó eran algo, les hubiera yo retorcido el pescuezo. Sí, ¡á todos! Yo comprendía á esos asesinos que matan por matar, como yo hubiera matado, por placer; porque cuando se ven ciertas cosas... siente uno ganas de golpear y de ver que todo vuela en pedazos.

MIL. ¡Por Dios, qué dices!

BUR Eso era entonces. Ahora soy hombre de paz, y soy dichoso. ¿Sabes cómo? Con mi caballo. Ven á la cuadra y lo verás. Es un animal más listo y mejor, ya lo creo, mejor que una persona. Desde que me dediqué á mi caballo, no han vuelto á visitarme la ingratitud, la traición y la deslealtad. Cógele la cabeza á tu caballo y verás como su hocico es más suave que el cútis de una mujer. Hazle una caricia, y verás qué miradas te lanzan sus ojos brillantes y dulces. Si le presentas un puñado de monedas de oro, no hará el más mínimo caso de ellas. ¡Y qué hermosos y qué dóciles son esos animales! Anda, vente conmigo á la cuadra á ver los caballos.

MIL. Bueno, vamos, pero antes dime una cosa; no me ocultes nada. ¿Has notado si entre Clarita y de Lauffer hay algo?

BUR. ¿De Lauffer?... Que yo sepa, no; pero, en fin, no es imposible. Un teniente representa algo, y él tiene dinero. ¿Qué más quieres?

MIL. Pero, ¿seguramente no sabes nada?

BUR. Nada... digo, sí, hace un momento ví juntos aquí á Clarita y á de Lauffer.

MIL. ¿Qué hacían?

BUR. Hombre, nada. Ya comprenderás que el cuarto de servicio no es sitio adecuado. Además, yo llevaba botas de montar, y se me oía desde muy lejos.

MIL ¡Conque tú también los viste aquí!

BUR Vaya, no hagas caso, manda á paseo á Clarita y á todas las mujeres. Anda, vamos á ver los caballos.

ESCENA XI

DICHOS y ROSLER

ROS ¡Hijo mío! (Abrazando á Miler.)

MIL. Padre.

ROS Supongo que te habrás presentado ya en todas partes, regimiento, capitán, teniente, etc., etc.

MIL. Sí, padre.

ROS Así me gusta. El servicio lo primero. (Fijándose en Burgraf.) Ahora recuerdo que venía usted por el recibo de la entrega de potros. (Busca el recibo en los papeles de la mesa y se lo entrega.) Aquí está.

BUR. Está bien. Adiós. (Vase.)

ESCENA XII

ROSLER y MILER

ROS. Deja que te mire á mi sabor. ¿Sabes que estás hecho un buen mozo?

MIL. ¡Claro, en dos años he crecido!

ROS. Gracias á Dios que estás aquí. Ahora volverá á reinar en mi casa la alegría.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación del teniente Lauffer en el cuartel. En la pared de enfrente la puerta que da al pasillo. A la derecha la que da al dormitorio. A la izquierda dos ventanas, y entre ellas un lavabo. Delante de la ventana una mesa de escribir con libros y un sillón inmediato á ella. Una estufa, un sillón cómodo, una mesa de fumar, un armario ropero, una percha con algunas prendas, una «chaise longue» (meridiana); cuadros con asuntos militares; una panoplia con armas. En la mesa de escribir luce una lámpara con pantalla blanca.

ESCENA PRIMERA

BLASIUS y DOLART

BLA (Viendo entrar á Dolart, cesa de limpiar la mesa de escribir.) ¿Qué te trae por aquí?

DOL. (Con un libro.) Traigo el libro de órdenes para el teniente.

BLA Está bien, déjalo sobre la mesa.

DOL. (Dejando el libro y queriendo coger cigarrillos de la mesa.) Voy á fumar un cigarrillo del teniente, que son muy buenos.

BLA. (Deteniéndole.) ¡Estás loco! El teniente los ha contado uno por uno, y si nota la falta me culpará á mí. (Coge la caja de los cigarrillos.)

DOL. (Queriendo quitársela.) ¡Acémila! trae esos cigarros. A mí no me la das. ¡Cómo va á saber

el teniente los que son! Dame los cigarrillos, te digo, ó te doy una morrada.

BLA. Te repito que los contó, no fastidies.

DOL. Tú te figuras que yo soy tonto, y que me voy á creer que un teniente tan rumboso se iba á cuidar de contar los cigarrillos.

BLA. (Escuchando.) ¡Calla! Oigo los pasos del teniente ¡Anda, márchate! (Sale Dolart á prisa.) ¡Se lo ha creído! (Al ver salir á Dolart. Después se pone enfrente del lavabo y se perfuma; luego coge un puñado de cigarrillos, enciende uno y se guarda los restantes, acostándose en la «chaise longue», de espaldas á la puerta.)

ESCENA II

BLASIUS, LAUFFER y CAPRIVI

BLA. El tonto de Dolart se creía que venía mi teniente. (Entra Lauffer y lo oye.)

LAUF. Y aquí está. (Dándole con la fusta. Detrás de Lauffer entra Caprivi.)

BLA. (Se levanta aterrado y se cuadra.) Mi teniente. Este pitillo lo encontré al barrer y supuse que usted ya no lo querría, por eso me lo estaba fumando.

LAUF. Calla, cernícalo. Ese pitillo me lo has quitado, según acostumbras. Largo de aquí.

CAP. Y esas esencias, ¿te las has encontrado al barrer? Hueles á perfumes como si fueras una señorita.

BLA. Es que se me ha caído un frasco de esencia cuando limpiaba el lavabo.

LAUF. Valiente granuja estás hecho. Largo pronto.

BLA. A la orden. (Vase.)

ESCENA III

LAUFFER y CAPRIVI

LAUF. Conque vamos á ver, Caprivi, ¿qué es lo que quieres? ¿Las dos hojas del mapa militar, dices?

CAP Eso es. Mañana te las devolveré. (Se sienta en el sillón cómodo.)

LAUF. (Sacando las hojas.) Aquí las tienes. La devolución no corre prisa. (Pasea intranquilo.) ¿Conque á tí te ha tocado ese trabajo? Bonito croquis ¡eh! el que tienes que hacer. A mí me miraba tan cariñosamente el capitán, que dije: ¡ay! ahora me encarga á mí el trabajo. En fin, otra vez me tocará á mí.

CAP (Bostezando.) La verdad es que esta es una vida de perros.

LAUF ¿Y para cuándo has de tener terminado tu trabajo?

CAP. Para mañana, á las diez. Te digo que es para pegarse un tiro.

LAUF. Esto es vida regalada; lo demás es música. Veinte horas de trabajo y cuatro para dormir. ¡Qué lucidos nos vamos á poner con esta vidita, chico! Voy á ver lo que el capitán ha ideado para mañana. (Lee el libro de órdenes.) ¡Zambomba! (Tira el libro.) Parece que sólo vive uno para el servicio. ¡Que se vayan á...! ¡Qué harto estoy, pero qué harto!

CAP. (Riéndose.) No será tanto.

LAUF. ¿No me crees?

CAP Me haces reir, chico.

LAUF Bueno, como quieras.

CAP. Conque harto, ¡eh! Y si mañana á las tres de la madrugada tocan alarma eres el primero en presentarte en el patio, y pobre del soldado tuyo que no esté despierto como un gallo. Y luego si ves en la frontera un oficial francés te enardeces como si estuvieras dando una carga al frente de tu escuadrón.

LAUF. Después de todo, nuestra misión no es otra.

CAP Está bien, hombre, y así me gusta que seas.

LAUF. Gracias. (Mira intranquilo el reloj, y al ver á Caprivi tomar una postura cómoda, le dice en broma.) ¿Vas á pasar aquí la noche?

CAP. ¿Es que me despides? ¿Estorbo acaso?

LAUF. ¡Qué cosas tienes! Por mí puedes quedarte aquí el tiempo que gustes. Te he dicho eso porque no sé cuándo vas á hacer el croquis.

CAP. Descuida, que lo haré antes de acostarme. Veo que aquí sobro, pero este sillón tiene la culpa. ¡Estoy tan cómodo con él! Pero en fin, te prometo retirarme en seguida, si me confiesas que esperas á una mujer.

LAUF. (Turbado.) ¡Que tontería! Nada de eso.

CAP. Vamos, otra te queda.

LAUF. Te digo que te equivocas.

CAP. No te vale, amigo. Todavía eres de aquellos que se les conoce cuando dicen una mentira. Por eso noto que me quiere engañar. Con que anda, dime quién es ella. ¿Es Elena, la parisién? ¿Es Luisa, la bella de Borgoña? ¿Es Matilde, la rubia? Te advierto que cuando una rubia sale guerrera, se deja muy atrás á todas las morenas. ¿Es Berta, la del Café Suizo? Si es esta, podía yo quedarme aquí más tiempo, porque el café, como sabes, no se cierra hasta las once.

LAUF. No te canses. Estás completamente equivocado.

CAP. En vano tratas de engañarme. Tú no eres de los que saben ocultar ciertas cosas. Mira, cuando estás jugando en el casino y oyes el toque de retreta, desde aquel momento ya te han ganado tus contrarios, porque no vuelves á hacer una jugada buena. Con la retreta te sucede algo extraordinario.

LAUF. (Riendo forzadamente.) Tú no estás bueno.

CAP. Tú estás peor. Escucha, que tengo que advertirte de un peligro que te amenaza.

LAUF. ¿Es cosa del servicio, tal vez del capitán?

CAP. No, hombre, no. Es cosa de amistad, de amistad leal y franca. ¿Quieres escucharme un momento? Mejor dicho, ¿tienes tiempo para escucharme?

LAUF. Claro que sí; habla.

CAP. Pues oye. Tú vives aquí pared por medio de la muchacha más bonita de esta población y sus contornos, de la hija del viejo sargento Rosler, de Clarita.

LAUF. (Aparentando indiferencia.) Bueno... ¿y qué?

CAP. ¿Y qué dices? Pues he ahí el peligro de que te hablaba. No he visto, ni he oido nada,

pero considero de mi deber de amigo y compañero tuyo advertirte el peligro antes de que sea tarde.

LAUF. Te aseguro que tus temores no tienen el más mínimo fundamento.

CAP. Me tranquilizas. Porque tú mismo reconocerás que para unos amores de cierta clase, la muchacha vale demasiado. Y, además, no debes hacerle esa ofensa al viejo sargento. Ese hombre merece el mayor respeto.

LAUF. Claro que lo merece.

CAP. Dispensa que te hable así, pero mira, chico, el que vive en este destierro de Sennheim, ó se entrega á la bebida ó se hace filósofo; y yo, como no tengo dinero para beber, me he alojado en el tonel que otros apuraron, y desde él te digo que no debemos producir escándalo con nuestra conducta, y que debemos contener nuestros deseos y nuestras pasiones para no dar lugar á la censura de las gentes. Esto es lo que tenía que decirte.

LAUF. Te lo agradezco, pero te repito que por mí puedes estar tranquilo.

CAP. Muy bien. Así me gusta. (Se levanta perezosamente.) Ya cumplí mi deber. Ahora, adiós, de Lauffer. Adiós, sillón incomparable. Maldito croquis (Guarda los mapas.) Vaya, buenas noches. (Sale)

LAUF. (Acompañándole hasta la puerta.) Adiós, que descanses.

ESCENA IV

LAUFFER y BLASIUS

(Lauffer paseará pensativo como si sostuviera una lucha interior. Se oye el toque de retreta. Después de vacilar, coge una pantalla verde que habrá sobre la mesa de escribir, la pone en el quinqué, y se acerca á la puerta.)

LAUF. (Gritando.) Blasius.

BLA. (Desde fuera.) A la orden, mi teniente. (Entra Blasius en traje de casa, llevando en una mano una bota de montar y en la otra un cepillo de dar betún.)

LAUF. Puedes acostarte, pero cierra la puerta de tu cuarto, que hay aquí un olor á betún que no se puede parar.

BLA. A la orden, mi teniente. (Saluda y vase.)

ESCENA V

LAUFFER y CLARA

(Lauffer deja entornada la puerta y queda esperando con ansiedad. Entra Clara, envuelta en una toquilla, y cae en sus brazos.)

CLARA. Federico mío.

LAUF. ¡Clara! ¡Mi Clara! (Se entregan á manifestaciones de cariño. Lauffer cierra la puerta y conduce á Clara la «chaise-longue». Clara se sienta y se quita la toquilla. Mira á su alrededor y coge el libro de órdenes que estará en el suelo.)

CLARA ¿Quién ha tirado el libro de órdenes?

LAUF. He sido yo, mi vida.

CLARA ¿Por qué?

LAUF. Léelo y verás. El servicio así es una exageración, no se puede soportar. Ni que uno fuera una bestia de carga.

CLARA (Leyendo.) ¡Qué atrocidad!... y á las seis tienes que levantarte para hacer ejercicio hasta las doce. No te envidio, hijo. (Coge la toquilla y deja el libro.) Vaya, me voy, que tú tienes que dormir para levantarte temprano, y no quiero impedir que descanses.

LAUF. (Deteniéndola y abrazándola.) ¡Pero tú te has vuelto loca! ¡Marcharte! A cualquier hora lo permito. Dejarme, cuando soy tan feliz teniéndote en mis brazos. Si no fuera por tu cariño, ¡qué triste sería mi vida aquí en este destierro!

CLARA Federico mío. ¿No tienes otras distracciones? ¿No tienes amigos?

LAUF. Nada me distrae, y mis amigos, ¿qué son? Hombres que llevan todos el mismo uniforme que yo. Mira uno el uniforme, y no le importa á uno quién está dentro.

CLARA Supongo que Caprivi será una excepción para tí.

LAUF. ¡Ah! sí, Caprivi es otra cosa. (Pensativo.) Me quiere de veras. Es un amigo como no hay otro... pero, ¿qué me importan á mí los amigos, ni nadie, ni nada, teniéndote á mi lado? Lo que yo necesito es el amor de una mujer como tú, sin el cual yo no podría vivir; no podría... (Pausa.) Si me prometes perdonarme, te haré una confesión.

CLARA Te lo prometo.

LAUF. Pues bien, esta noche, he vacilado al poner la pantalla verde en la lámpara. (Clara le mira asombrada.) Sí, he vacilado, porque á pesar de lo dichoso que soy cuando te tengo aquí, pensaba en lo gravemente que estamos ofendiendo á tu padre. Sí, Clara, le ofendemos muy gravemente.

CLARA ¿Y en eso estabas pensando? Mira, Federico, yo también he pensado tanto sobre lo mismo, que ya no tengo que volver á pensar más sobre ello. Dios sabe que hubo un tiempo, en que mi mayor deseo era complacer á mi padre. Así seguí, hasta que tú viniste, Federico. Te ví, me defendí con todas mis fuerzas contra lo que sentía por tí. Hice cuanto pude por no quererte. Me oculté ante mis propios ojos; traté de mentirme á mí misma. Mil veces logré echar de mi corazón este cariño, pero en seguida renacía con más fuerza, y me llenaba toda el alma, y en mí ya no quedaba nada que me hablase en contra tuya; y todo me empujaba hacia tí, y mi otro deseo, el de obedecer á mi padre, el de ser como él quería, se volvió mudo, inerte, como si hubiese dejado de existir, y pensé Lo que es tan fuerte que te ha cambiado tan profundamente, tan completamente, eso es lo que te conviene. Parecía que mi padre era un extraño para mí, y, sin embargo, ¡le he querido y le quiero tanto! ¿No es verdad, Federico mío, que lo que tan caro ha sido para nosotros, no lo cambiamos por otra cosa de menos valor? Entonces

empecé á considerar tu amor como un derecho mío; sí, como un derecho, y quise ser dichosa, pesara á quien pesara, y por eso Federico, vine á verte la primera vez.

LAUF. ¡Vida mía! (Abrazándola.)

CLARA ¡Sí, Federico, me dí perfectamente cuenta de lo que hice; y, si no hubiera sido así, todavía estarías esperándome! Yo me decía: Eso que pasa cerca de tí, al alcance de tu mano, es tu dicha, quizás la única dicha de tu vida, y venga lo que viniere, dije, y me abracé á tí.

LAUF. Idolo mío, jamás te hubiera creído capaz de quererme con tanto entusiasmo. (Acariciándola.) Y mañana, ¿me querrás así?

CLARA Mañana y siempre, porque el único plan de vida que me he formado, es quererte.

LAUF. Los planes se tuercen sin nuestra intervención, porque el viento sopla del lado que quiere.

CLARA Sin embargo, si yo no hubiera querido, no existiría nada entre los dos. Ya ves como el viento no lo hace todo. (Pausa.) ¿Sabes que Miler, aquel muchacho que se crió conmigo...?

LAUF Acaba pronto; ¿qué quieres decir?

CLARA Pues quiero decir que era mi novio, y que figurándose que todavía lo es quiere que nos casemos en seguida.

LAUF. ¡Qué gracia! Tú casarte con él; vamos, tú estás loca. No comprendo cómo puedes decir una cosa por el estilo. (Pasea agitado.) Y acaso se habrá permitido libertades contigo.

CLARA Cálmate. ¡Qué ha de haberse tomado libertades conmigo!

LAUF. Felizmente para él porque se las hubiera yo hecho pagar muy caras.

CLARA No seas niño. El pobre muchacho no ha hecho nada, pero debemos tener mucho cuidado con él, porque está muy enfadado conmigo, y me parece que sospecha de tí.

LAUF. ¿A mí qué me importan sus sospechas? ¡Pues no faltaba más!

CLARA Tienes razón, pero te ruego que me prometas no tratarle mal en el servicio ni fuera de él.

LAUF. ¿Qué dices? ¿Me voy yo á imponer obligaciones por él?

CLARA No es eso, Federico. No me has entendido. Lo que te digo es que procures que Miler no advierta nada. Le conozco mucho y sé que es un buen muchacho, incapaz de hacer daño á nadie, pero es testarudo como él solo, y cuando se le mete algo en la cabeza, no hay manera de disuadirle. Yo no sé por qué, pero tengo miedo, y se me figura que siempre está detrás de nosotros acechando. (Mira inquieta.)

LAUF. (Con disgusto.) ¿Sabes, hija, que esta noche no estás muy divertida, que digamos? Ves visiones.

CLARA (Asustada.) ¡Escucha! ¿No hay alguien detrás de la puerta?

LAUF. (Se acerca á la puerta y escucha.) Tonterías. Es el relevo. ¡Qué ideas te pasan por la cabeza! ¿Crees que tu antiguo novio me va á pegar un tiro como el cabo de Gumbinen á su teniente?

CLARA Por Dios, Federico mío, no gastes bromas con estas cosas.

LAUF (Sentándose á su lado.) Vamos, tonta, sé juiciosa y te lo agradeceré mucho.

CLARA Federico mío. (La pone encima de sus rodillas.)

LAUF. ¿Quieres dormir? Vamos, Clarita, ¿qué tienes? ¿En qué piensas? Ni me miras, ni estás alegre.

CLARA Tienes razón. No estoy alegre. No sé lo que me pasa. Pienso en tantas cosas...

LAUF. ¿No decías antes que las habías pensado ya y no tenías que volver á pensarlas?

CLARA Sí; pero ahora son otras cosas.

LAUF (Suplicante.) ¿Cuáles son, dímelas?

CLARA Dirás, como siempre, que son tonterías.

LAUF Te prometo no decirte eso. Anda, mi vida, dime en qué piensas

CLARA Pues, mira, pensaba en que padre también me tuvo así, como tú me tienes ahora, me

hizo mil caricias, y también me preguntó si tenía algo.

LAUF. Olvida eso, mujer.

CLARA Así quisiera, pero no puedo. Vivo en perpetua ansiedad. Cuando sé que me esperas, quisiera que el tiempo volara, que las manecillas del reloj giraran á mi voluntad; pero el reloj tiene una calma desesperante, un paso siempre igual, ni más lento, ni más rápido. ¡Cuántas veces me dan ganas de darle un puñetazo! Pero al fin, oigo la retreta, cuyas notas me producen un efecto satánico, y al oirla, creo que todo ha sido una pesadilla. Cuando suena la retreta, es cuando empieza la vida para mí. Todo cuanto de día me ha enfadado desaparece como por encanto, y sólo veo delante de mí la alegría, la felicidad. Y todo me arrastra á tí con poder irresistible, y me llama á tu lado, y yo obedezco ciegamente

LAUF. (Acariciándola.) ¡Clarita, mi vida, tanto me quieres!

CLARA ¡Oh, sí, no lo dudes! Te quiero tanto, tanto, que por tí, te lo juro, haría toda clase de sacrificios, con tal de que tú no sufrieras el menor daño.

LAUF. ¿Y qué has encontrado en mí para que sientas ese amor?

CLARA ¡Ah, Federico! ¡En tí quiero yo tantas cosas!.. Todas las que en mi vida me han parecido grandes, hermosas y nobles! Desde que nací, he tenido siempre delante el uniforme de los hulanos, y delante de mí no se habló más que del ejército, y, claro está, esas cosas se me metieron aquí y aquí. (Indicando la cabeza y el corazón.) De tal manera, que creo que no es un verdadero hombre el que no lleva tu uniforme. Los demás no me parecen hombres. Me parecen seres que pertenecen á un mundo inferior, y luego, desde niña, oyendo á mi padre contar á sus amigos sus campañas... Te juro que me desespero de haber nacido mujer.

LAUF. ¡Pero qué mujer! (Besándola.)

CLARA (Con exaltación.) Debes estar contento de estar aquí á tres horas de la frontera, para ser de los primeros en entrar en acción, si estalla la guerra, como han hecho siempre los hulanos de Magdeburgo. Hace algún tiempo, la paz estuvo seriamente amenazada. Todo fueron preparativos durante una semana. Los caballos estaban con las monturas. El capitán y los oficiales no salían del cuartel. Aquello era vivir.

LAUF. Y ahora ocurriría lo mismo, pues ya sabes el comandante que tenemos. Si la paz se ve amenazada no quedará nada por hacer.

CLARA Ya lo sé. Como también sé que si la guerra estalla tú tienes la misión de volar el puente del ferrocarril en Bas-la-Chapelle.

LAUF. Pero, hija, ¿cómo sabes tú eso?

CLARA Porque al ver tu nombre en el anuario de la movilización quise saber para qué te destinaban y no paré hasta que conseguí que mi padre me lo dijera; pero descuida que no lo revelaré.

LAUF. Ya lo sé, Clara mía. Si supieras qué orgulloso me sentí al ver que el coronel me confiaba esta misión, á mí, al más joven de todos los oficiales...

CLARA Sí, pero el caso es que si vas á cumplirla... no volverás.

LAUF Y, ¿qué mejor ocasión para morir que esa? Así al menos probaría que había servido para algo. ¿Verdad que sería de desear que así sucediese? (Besándola.)

CLARA ¡Federico mío!... Yo también conozco ese camino, y yo sabría buscarte. Te juro que no morirías solo.

LAUF. ¡Qué hermosa eres, y qué alma tan grande tienes! ¿Me quieres?

CLARA ¡Que si te quiero!... (Llaman suavemente á la puerta. Clara queda aterrada y Lauffer se levanta sobresaltado. Vuelven á llamar más fuerte. Lauffer conduce á Clara al dormitorio, y en voz alta dice:)

LAUF. ¿Quién es? (Siguen llamando sin contestar.)

ESCENA VI

LAUFFER, MILER, BLASIUS

LAUF. (Abriendo la puerta.) ¡Miler! ¿Qué se le ofrece á usted?

MIL. (Entra muy agitado.) Dispense usted, mi teniente; quisiera, con su permiso, decirle muy pocas palabras.

LAUF. Bueno, aunque creo que mañana había tiempo para ello.

MIL. No; ha de ser ahora; permítamelo, mi teniente.

LAUF. (Sin aspereza.) Vamos á ver: ¿qué se le ofrece á usted?

MIL. Perdone, mi teniente, yo... yo... (Como si estuviese algo beodo.)

LAUF. (Incomodado.) Vamos, acabe usted pronto.

MIL. Yo... yo... he sido en otro tiempo novio de la hija del sargento Rosler, de Clarita, ya la conoce usted.

LAUF. Bueno, ¿y qué? ¡Para decirme eso viene usted á estas horas! ¿Qué demonios le pasa á usted?

MIL. A eso voy. Hoy he vuelto del Instituto militar al escuadrón...

LAUF Ya sé, ¿y qué?

MIL Que encuentro á mi novia completamente cambiada.

LAUF. ¿Y yo qué tengo que ver con eso? Lo mejor será que se vaya usted á dormir, porque está usted algo trastornado.

MIL (Amenazador.) Señor teniente...

LAUF. Vamos, pronto, lárguese de aquí.

MIL. Dispense usted, señor teniente, olvide usted por un momento la diferencia de categorías que existe entre nosotros. He venido aquí á hablar con usted como hablan dos hombres. Dispénseme... querría decirle... que no haga desdichada á Clarita.

LAUF. Miler, usted se ha vuelto loco.

MIL. No señor, no estoy loco. Si ciertas cosas con-

tinúan, no puede resultar más que una desgracia, y no solo para Clarita, sino también para su padre. Considere usted, señor teniente, que el pobre lleva ya treinta años de servicios, sin mancha alguna, y al sargento le costaría la vida si á su hija...

LAUF. Basta, basta; le mando á usted callar y salir de aqui al momento.

MIL Perdone usted, mi teniente. No hago nada malo en lo que digo. Solo le suplico humildemente que atienda mi indicación. Para mí no pido nada, es solo para Clarita y el sargento.

LAUF. ¡Fuera! ¡Pronto!

MIL. No. No me voy... Digo, sí me voy, pero antes quiero, mi teniente, escuchar de sus labios que no tiene relaciones con Clarita. ¡Por Dios! Mi teniente, digámelo, se lo suplico.

LAUF. Usted está beodo.

MIL. (Se yergue con ira, pero se reprime.) Mi teniente, ¿qué le cuesta contestarme? Es tan poco lo que pido, solo una palabra.

LAUF. Cabo Miler, por última vez le mando salir.

MIL. (Con ira.) Ahora no me cabe duda. Clarita está aquí, porque en su casa no está. (Lauffer mira á la alcoba.) Clarita está allí. (Señalando y dirigiéndose á la alcoba. Lauffer coge un sable y se pone delante de Miler, que sigue hacia la alcoba, dándole un sablazo en la cabeza. Miler se tambalea y ruge, y, al fin, abre la alcoba, quedándose un momento mirando al interior; de pronto retrocede y lanza una carcajada, como si le hubiera dado un vértigo.)

LAUF. ¡Blasius!

BLA. (Desde fuera.) ¡A la orden, mi teniente!

LAUF. Llama al cabo de guardia.

BLA. (Desde fuera.) ¡Cabo de guardia!

ESCENA VII

DICHOS y BURGRAF

BUR. (Entra con uniforme é insignias de servicio.) ¡A la orden, mi teniente! (Sorprendido.)

LAUF. Burgraf, lleve usted arrestado al cabo Miler. Ha levantado la mano contra su teniente.

BUR. A la orden, mi teniente. (Coge del brazo á Miler y le dice:) Ven. (Miler sigue á Burgraf automáticamente; al llegar á la puerta dirige una mirada á la alcoba. Burgraf mira también y saluda militarmente. Lauffer queda en medio de la habitación con el sable en la mano, y á los pocos momentos lo deja caer. Telón)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa un cuarto grande de soldados, blanqueado, con armarios, y arreglado para sala de tribunal. A la izquierda del espectador dos ventanas con cortinas. Al frente una puerta y á la derecha otra. La mesa del tribunal estará delante de las ventanas, y tendrá tapete verde, como también las del fiscal y defensor. Frente al tribunal, y próxima á la puerta de la derecha, estará la mesa del defensor, y cerca de ésta, y frente al tribunal, un taburete para el acusado. La mesa del fiscal estará á la izquierda de la del tribunal, muy cerca de éste, y algo delante.

Los testigos entrarán descubiertos por la puerta del centro, con el casco en la mano, y se pondrán delante del tribunal, en posición militar, que solo abandonarán cuando se retiren, y sólo se retirarán cuando el Presidente lo indique. Si después de estar en escena son nuevamente interrogados, avanzarán hasta colocarse delante del tribunal como la primera vez que declararon, retirándose en igual forma. El acusado, al ser interrogado, se levantará de su asiento y avanzará dos pasos, cuadrándose, y se sentará cuando el Presidente se lo indique. No llevará sable. Al levantarse el telón los jueces estarán con los cascos puestos, pero al reanudarse la vista los dejarán sobre la mesa. Durante la vista Caprivi y los Consejeros 2.° y 3.° tomarán notas. El ordenanza estará en la puerta del centro.

ESCENA PRIMERA

RITTER, VALDEMAR, los tres Consejeros de guerra y el Ordenanza

VAL. (Como si continuara una conversación.) Dispense usted, mi comandante, que le diga que hay

una enorme diferencia entre el olor de los soldados en campo abierto y el olor que despiden en local cerrado. Mi escuadrón de coraceros, en la carretera, no huele de modo particular, pero en el cuartel sí, y muy mal.

CONS. 2.º Y lo peor es el vaho húmedo del fregado. Las tarimas están que chorrean.

RIT. Lo que no impide que estén muy sucias.

VAL. Cualquiera que tuviese nervios menos fuertes que los nuestros, se habría desmayado. Es horrible que no tengamos un local decoroso para celebrar los consejos de guerra. (Al Consejero 1.º) ¿Y los créditos para el edificio del tribunal?

CONS. 1.º El Parlamento los ha negado otra vez, pero creo que los concederá el año próximo.

VAL. Buenos están los diputados. Aquí los quisiera yo ver discutir y resolver cuestiones graves; aquí, en este local. Claro, como ellos tienen un soberbio edificio, no les importa que los demás se fastidien.

RIT. ¿Qué le vamos á hacer?

VAL. (Al Consejero 2.º) ¡Qué poco comunicativo es el comandante! No hay quien le saque dos palabras. Por supuesto, que no me choca. Esos artilleros son así; á fuerza de estar siempre entre cañones se vuelven más huraños. Yo no quiero poner una cara lúgubre como la suya, lo mismo que si tomara en serio mi papel de juez, y no es porque este papel me divierta representarlo en ningún caso, ni menos en este, que por representarlo me he privado de asistir á una magnífica cacería.

CONS. 2.º ¿Y su hermosa yegua?

VAL. ¿Y cómo sabe usted que tengo una yegua superior?

CONS. 2.º Porque he visto el retrato de usted á caballo en el periódico *La voche*.

VAL. ¿Y es parecido el retrato?

CONS. 2.º Bastante, aunque algo borroso.

VAL. (Riendo) La yegua será la que habrá salido mejor. ¿Pero usted sabe quién la montaba?

CONS. 2.º Supongo que usted, señor conde.

VAL. Quiá, era mi ordenanza. Mire usted, *La vo-*

che es un buen periódico ilustrado que algunas veces publica el retrato del Emperador, pero á mí no me gusta que expongan mi retrato al público, porque si me sacan mal, los lectores pueden decir: «Parece mentira que el conde de Valdemar quiera exhibirse teniendo esa facha.» Por eso mandé á mi ordenanza que montara la yegua. Lo que siento es que digan al pie que el ginete soy yo, el conde de Valdemar. Mandaré rectificar esto.

ESCENA II

DICHOS y FABER

FABER Señores, el cabo Miler ya está bien. La vista puede continuar.

RIT. ¿Qué ha tenido?

FABER Nada, debilidad, algo así como un desmayo á consecuencia de la emoción que le produjo el interrogatorio. Ademas, como el acusado, desde hace algunos días, se niega á tomar alimento, claro, está débil.

ESCENA III

DICHOS, MILER y CAPRIVI

RIT. (A los Consejeros.) ¿Qué les parece á ustedes, esperamos un poco?

VAL. Claro; de todos modos ya he perdido la cacería.

CONS. 1.° No hay inconveniente.

RIT. ¡Qué ser tan particular este Miler! ¡Conque se niega á comer! Yo creo que el caso está bien claro.

VAL. Y yo creo también que es la cosa más clara del mundo. El acusado lo confiesa todo. Se emborrachó, alborotó, y le reprendieron;

contestó, se insolentó. Ya se sabe lo que le espera. Para mí el asunto está terminante. No comprendo por qué no se falla sin tantas preguntas y declaraciones. Estamos perdiendo el tiempo lastimosamente con esas tonterías.

RIT. (*Con aspereza.*) Bueno, puesto que usted lo desea, siga la vista. ¡Ordenanza! que entre el acusado. (*Vase el Ordenanza por la puerta de la derecha y á los pocos momentos aparece con Miler. Detrás entra Caprivi.*)

ORD. (*Desde la puerta.*) Sigue la sesión. (*El tribunal se constituye ocupando la presidencia Ritter que tendrá á su derecha al primer Consejéro de guerra, y á Valdemar, y á su izquierda á Faber y al tercer Consejero.*)

RIT. Vamos, Miler, ¿está usted ya mejor, verdad?

MIL. A la orden, mi comandante.

RIT. Me alegro. Sigue la deliberación. (*Con solemnidad.*) Señor Consejero, tiene usted la palabra. (*Al Consejero 1.º*)

CONS. 1.º Acusado, ¿se ratifica usted en la declaración que prestó antes de suspenderse la vista?

MIL (*Abatido.*) Sí, señor.

CONS. 1.º ¿De modo que aquella noche estaba usted excitado, pero no borracho?

MIL. No, señor; había bebido algunos vasos de cerveza, pero sabía muy bien lo que hacía.

CONS. 1.º ¿Alborotó usted en el pasillo; el señor teniente de Lauffer le reprendería; usted respondería, y presa de un arrebato atacó usted á su teniente? ¿No es eso lo que pasó?

MIL. Sí, señor, eso fué.

CONS. 1.º ¿Y no tiene usted que añadir nada más?

MIL No, señor, nada.

RIT. Miler, tengo que advertir á usted que su obstinación en no declarar algunos detalles le puede perjudicar. Parece imposible que un militar de tan buenos antecedentes como usted y hasta conocido por su carácter pacífico, se dejara arrebatar sin un motivo muy grave. Usted mismo confiesa que aquella noche no estaba usted borracho. Aquí hay algo que usted no dice. Dígalo usted todo, Miler, que aún es tiempo.

CAP. (Bajo.) No sea usted tonto. Dígalo usted todo, que aquí nadie trata de perjudicarle. Al contrario. Vamos, hable usted.

RIT. Siga usted los consejos de su defensor. A ver, ¿qué tiene usted que añadir? ¿No tiene usted nada que añadir, nada, nada?

MIL. (Afectado.) No, nada; mi comandante. (Siéntase obedeciendo á una indicación del presidente.

CONS. 1.º Entonces vamos á oir á los testigos. (Al Ordenanza.) Que pase el señor teniente de Lauffer.

ORD. (Abre la puerta despacio.) Señor teniente de Lauffer, haga el favor. (Entra Lauffer.)

ESCENA IV

DICHOS y LAUFFER

CONS. 1.º Señor testigo. ¿Es usted el teniente real en el regimiento de Hulanos de Magdeburgo número 25, Federico de Lauffer?

LAUF. Sí, señor. (Azorado)

CONS. 1.º ¿Es usted pariente ó deudo del acusado?

LAUF. No, señor.

CONS. 1.º ¿Quiere usted decirnos cómo pasó el incidente ocurrido entre usted y el acusado en la noche del 12 al 13 de Agosto del año último?

LAUF. (Acelerado.) Iba yo á acostarme cuando oí llamar á mi puerta. Abro, y veo al cabo Miler. Le pregunto que es lo que quiere á hora tan avanzada, y él me contesta con palabras ininteligibles. Le mando entrar para evitar un escándalo en el pasillo. Le reprendo, y me contesta, y entonces... se dejó arrebatar... y yo llamé al cabo de guardia para que se lo llevase arrestado.

CONS. 1.º Agradecería á usted que me diese algunos más detalles. Por ejemplo: ¿qué contestó Miler cuando usted le reprendió?

LAUF. De eso no me acuerdo, hablaba confusamente.

CONS. 1.º ¿Miler estaba muy agitado?

LAUF. Mucho.

CONS. 1.º ¿Tal vez beodo?

LAUF. Puede, aunque su borrachera no debía de ser muy fuerte. Le noté una gran excitación, como una calentura, como si padeciera un trastorno mental, y su conducta y su ataque me produjeron el efecto de un acto de demencia repentina. Además creo de mi deber decir que tal vez tenga yo una parte de culpa en lo ocurrido, porque aquella noche estaba yo de muy mal humor, y estuve, sin razón, muy brusco con el cabo Miler. Eso le debió de excitar... lo confieso, como también confieso que no sé por qué le llegué á dar con el sable, porque no había motivo para que yo procediera así. Suplico, por lo tanto, al tribunal que se reconozcan á favor del acusado todas las circunstancias atenuantes posibles. (Asombro en los jueces.)

CONS. 1.º ¿No puede usted darnos más explicaciones?

LAUF. No, señor.

CONS. 1.º ¿No recuerda usted lo que le contestó el acusado cuando usted le reprendió?

LAUF. No, no recuerdo.

CONS. 1.º (A los jueces.) Entonces podemos proceder ya á tomarle juramento al testigo. (Lauffer se conmueve.)

CAP. (Inclinándose hacia Ritter como pidiéndole la venia.) Cúmpleme hacer constar, que en la declaración del señor teniente de Lauffer, hay una laguna, precisamente en el mismo momento en que también el cabo Miler dice haber perdido por completo la memoria. Esta coincidencia yo la juzgo importante y, como defensor del acusado, es mi deber insistir en que en esto se haga la luz. Suplico, pues, al tribunal que se interrogue nuevamente al testigo para aclarar este punto.

RIT. Me parece muy bien, señor defensor. Yo también, señor teniente de Lauffer, antes de que usted proceda al acto solemne de prestar juramento, quisiera dirigirle algunas palabras en el sentido indicado por el señor

teniente Caprivi. Su declaración me ha producido un efecto extraño. Me ha parecido incompleta. Se echa de menos en ella el motivo que originó su primera disputa con el cabo Miler, y no comprendo cómo, estando los hechos tan recientes, ha perdido usted toda memoria de ellos. No creo necesario recordar á usted la gran importancia que tiene el juramento para todo hombre de recta conciencia y principalmente para los que vestimos el honroso uniforme del ejército, sólo me permitiré decirle que, según la fórmula, usted jura no callar nada de lo que sepa. Tengo mis motivos para proceder como lo estoy haciendo, porque según consta en el sumario, usted se negó al principió, sin causa justificada, á declarar como testigo. Esto me lleva á creer que aquí hay algo que usted juzga que debe callar, Dios sabe por qué. Señor teniente de Lauffer, como juez recto é imparcial, y como decano de mis compañeros, le exhorto, á que antes de prestar juramento, ahonde en su conciencia y en su memoria.

LAUF (Con voz ahogada.) A la orden, mi comandante.

RIT. ¿No tiene que añadir nada á su declaración? (Pausa prolongada)

LAUF Nada.

VAL. Dispense, mi Comandante. ¿No sería mejor aplazar el juramento del señor teniente de Lauffer, para después que hayan declarado los demás testigos, y así tendría más tiempo para reflexionar y repasar su memoria?

RIT. (Al primer Consejero.) ¿Eso es procedente en términos judiciales?

CONS. 1.° No veo inconveniente.

CONS. 2.° Claro que no le hay; sobre todo, porque el señor teniente de Lauffer, y los otros testigos, tendrán que declarar otra vez.

CONS. 1.° ¿Tiene que objetar algo el señor defensor?

CAP. No, nada.

CONS. 3.° Me adhiero á lo propuesto.

CONS. 1.° Señor teniente de Lauffer, queda aplazado

su juramento. Luego ampliará usted su declaración.

LAUF. (Con voz sorda.) Está bien. ¿Puedo retirarme?

CONS. 1.º Tal vez fuera mejor que se quedase, porque no es imposible que tenga que ser interrogado en el curso del debate.

LAUF. A la orden. (Se coloca á espaldas de Caprivi, y á su derecha.)

CONS. 1.º (Al ordenanza.) Llame al sargento Rosler.

ORD. (Gritando en la puerta.) Sargento Rosler. (Entra Rosler.)

ESCENA V

DICHOS y ROSLER

CONS. 1.º Sargento Rosler.

ROS. (Cuadrándose.) Presente.

CONS. 1.º ¿Es usted el sargento Guillermo Rosler, nacido el veinte de Abril de mil ochocientos cincuenta y cinco, en Magdeburgo?

ROS. A la orden, señor Consejero de guerra.

CONS. 1.º ¿Es usted pariente ó deudo del acusado Miler?

ROS. No, señor, pero Miler, desde los doce años se crió en mi casa, después de la muerte de su padre, un camarada de guerra mío.

CONS. 1.º ¿Hubo adopción en regla?

ROS. No, señor.

CONS. 1.º ¿Entonces no existe motivo para que usted se niegue á declarar como testigo?

ROS. Ninguno, señor Consejero.

CONS. 1.º En la noche del doce de Agosto, cuando en el casino de ustedes se celebró el regreso de Miler, ¿notó usted algo anormal en él?

ROS. Nada, sólo me pareció más callado que otras veces.

CONS. 1.º ¿Estaba excitado? ¿Bebió mucho?

ROS. No le noté ninguna excitación, ni que bebiera con exceso.

CONS. 1.º ¿Cuándo salió el acusado del casino?

Ros. No lo puedo precisar. Sólo puedo decir, que cuando relevaron la guardia enfrente del cuartel, ya se había marchado.

Cons. 1.º ¿Qué concepto tiene usted del acusado? ¿Es dado á la violencia?

Ros. Al contrario. Le creo un buen muchacho, franco y honrado, y siempre manifestó un carácter pacífico.

Cons. 1.º ¿Cómo se explica usted que atentara contra el teniente de Lauffer? ¿Sospecha usted de algún motivo oculto que pudiera existir entre ellos?

Ros. No me lo explico de ningún modo, ni sospecho de nada.

Cons. 1.º ¿Cree usted posible que entre el señor teniente de Lauffer y el acusado existieran resentimientos por algún motivo particular, puramente humano... acaso alguna mujer?

Ros. (Sorprendido.) ¡Oh! no, no es posible, no lo creo...

Cons. 1.º Vamos, explíquese usted. Parece que se ha turbado.

Ros. Es que al oir hablar de motivos particulares, pasó por mi mente una idea extraña, absurda que no tiene ninguna relación con esto.

Cons. 1.º Hable usted, sargento, que nunca puede asegurarse si una cosa está ó no relacionada con otra.

Ros. Pues bien, lo diré. Recordaba ahora que mi hija, que está en mi casa, tiene un interés grandísimo por esta vista. Siempre me está preguntando quiénes son los jueces y los testigos, y si tienen estos que jurar. El juramento particularmente es su monomanía. También me pregunta á qué hora es la vista y si ella podrá asistir. Tantas preguntas me hizo que yo la prohibí que me hablara más de este asunto, y entonces se puso excitadísima.

Cons 1.º ¿Y qué motivos podrá haber para ese interés y esa agitación que experimenta su hija por este proceso?

Ros Como no sea el haber sido en otro tiempo

novia del cabo Miler, no sé que pueda h ber otros.

CONS. 1.º ¿Cree usted que su hija tenga algo que ver con la disputa entre el señor teniente Lauffer y el procesado?

ROS. Absolutamente nada. Eso es completamente imposible.

CONS. 1.º Acusado, ¿la disputa que tuvo usted con el señor teniente Lauffer, tenía alguna relación con algo referente á la hija del sargento Rosler?

MIL. (Con ligera ironía.) No señor.

CAP. Suplico al tribunal que también el señor teniente de Lauffer sea interrogado sobre este particular.

CONS. 1.º No hay inconveniente. (Rosler mira fijamente á Caprivi.) Señor teniente de Lauffer, tenga la bondad de decir lo que sepa sobre este particular.

LAUF. (Con precipitación.) Yo no tengo nada que ver con esa muchacha.

CONS. 1.º Como yo suponía. El interés de la muchacha será por su novio. Es natural.

ROS. Debo decir al tribunal que mi hija ya no es novia del acusado.

CONS. 1.º Pero algo se querrán.

ROS Es posible, aunque ella no lo manifiesta mucho; por eso me sorprende más su insistencia en querer presenciar la vista. Resueltamente me dijo muchas veces: Hagas lo que quieras he de presenciarla.

CONS. 1.º Comprendo claramente su deseo; pero en fin, si es necesario, se la interrogará. Creo que la casa de usted está cerca.

ROS. A seis pasos.

CONS. 1.º Bueno; ahora prosiga el interrogatorio de otros testigos. Ordenanza, llame usted al testigo Burgraf. (Rosler saluda y se retira á la derecha de la puerta del centro.)

ORD. (Desde la puerta.) Cabo Burgraf. (Entra éste y se cuadra. El ordenanza se quedará mirando hacia fuera, dando muestras de extrañeza y de enfado.)

ESCENA VI

DICHOS y BURGRAF

CONS. 1.º Cabo Juan Luis Burgraf.

BUR. Presente.

CONS. 1.º ¿Estaba usted de guardia la noche del doce de Agosto?

BUR. Sí, señor, sustituí á un compañero que quiso ir á nuestro casino á tomar parte en la fiesta preparada para recibir á Miler.

CONS. 1.º Refiera usted cómo le llamaron y cuanto sepa y sea pertinente al caso.

BUR. Estaba yo en mi cuarto cuando oí al señor teniente de Lauffer decir á su asistente que llamara al cabo de guardia. Fuí en seguida á su habitación y en el camino encontré al asistente que venía á llamarme. La puerta de la habitación del señor teniente estaba abierta de par en par. Me presenté y entonces el señor teniente me ordenó que me llevase á Miler arrestado por haberle faltado de obra.

CONS. 1.º ¿En qué sitio estaba Miler?

BUR. En el ángulo de la izquierda y se tapaba la cara con las manos.

CONS. 1.º ¿Y el señor teniente?

BUR. Estaba próximo á la puerta.

CONS. 1.º ¿Oyó usted algo de lo que pasó antes?

BUR. No, señor.

CONS. 1.º Cuando llevó usted al acusado al arresto, ¿habló algo con usted, vió usted algo que pueda aclarar el punto obscuro que hay en este asunto?

BUR. No señor, nada. (Vacilando)

CONS 1.º Usted vacila. Hable usted, se lo ordeno.

BUR. (Sombrío.) Al recibir la orden del señor teniente de Lauffer, me pareció oir un ruido en la alcoba, y cuando me llevé á Miler, éste levantó la vista y miró hacia allí. (Pequeña pausa.) Creo que en la alcoba había una mujer.

(Movimiento en todos. Los jueces se miran y se hacen señas afirmativas.)

VAL. ¡Ah! ya decía yo...

CONS. 1.º ¿Por qué supone usted que en la alcoba había una mujer?

BUR. Porque una vez vi salir á una mujer de la habitación del señor teniente.

CONS. 1.º ¿Cuándo ocurrió eso?

BUR. A principios de Julio, á las dos de la mañana.

CONS. 1.º ¿Vió usted bien á esa mujer?

BUR. Sí, señor; iba vestida de blanco, y la ví andar rápidamente por el pasillo y desaparecer. (Obedeciendo la indicación del presidente, se retira a la izquierda de Rosler.)

RIT. Señor teniente de Lauffer, ¿qué tiene usted que oponer á lo dicho por el testigo?

LAUF. (Vacilante.) Que el cabo Burgraf se equivoca.

RIT. Debo llamar la atención del señor teniente de Lauffer sobre el giro que ha tomado este asunto después de la declaración del testigo Burgraf, pues si esta declaración tiene algún fundamento, por leve que sea, es indudable que muchas cosas que hasta ahora aparecen obscuras quedarían aclaradas. Por lo tanto le recuerdo otra vez la importancia que tiene el juramento que va á prestar.

LAUF. (Agitado, después de breve pausa.) No; no tengo que añadir nada á mi declaración.

CAP. (Emocionado.) En vista de que algunos hechos no están suficientemente aclarados, creo de gran importancia para aclararlos que se interrogue á la hija del sargento Rosler. (Éste se queda asombrado. Estupefacción en todos.)

VAL. (Con vehemencia.) Me adhiero á la proposición.

FABER (Igualmente.) Y yo también.

RIT. Me parece acertada la idea. (Asentimiento de los jueces.)

CONS. 1.º Llámese al momento á la hija del sargento Rosler. (Se levantan todos como suponiendo que la vista se va á interrumpir hasta que llegue Clara.)

RIT. ¿Dónde está el Ordenanza? (Entra éste cerrando la puerta y como si luchara con alguien que quisiera entrar.) ¿Dónde estaba usted?

ORD. Ahí fuera.

RIT. Que se cite inmediatamente á la hija del sargento Rosler para que venga á declarar con la mayor urgencia. Vamos, listo.

ORD. Si la muchacha está ahí fuera. (Asombro en todos.) Está esperando desde que entró él testigo Burgraf y se empeña en querer entrar porque dice que tiene que declarar.

RIT. Que pase en seguida. (Ocupan todos sus puestos.)

ORD. A la orden. (Sale y vuelve inmediatamente con Clara, que vestirá de negro.) La señorita Clara Rosler. (Entra ésta.)

ESCENA VII

DICHOS y CLARA

RIT. ¿Es usted la señorita Clara Rosler?

ROS. (Aturdido.) Perdone, mi comandante. Sí, esta es mi hija... mi hija Clara.

RIT. Muy bien, sargento. (A Clara.) ¿Dicen que quiere usted declarar en el proceso que se sigue al cabo Miler?

CLARA (Angustiada, pero con firmeza.) Sí, señor.

RIT. ¿Tiene usted que decir algo importante acerca de Miler?

CLARA Sí, señor comandante, pero antes le ruego que me diga si han jurado ya los testigos.

RIT. No, no han jurado todavía.

CLARA (Respirando fuerte.) ¡Ay! gracias, señor comandante.

RIT. Tranquilícese usted y siéntese un momento.

CLARA Estoy muy bien así, gracias.

RIT. Como usted quiera. Ahora, señor Consejero de guerra, puede usted interrogar á esta señorita.

CONS. 1.º A la orden, señor comandante. ¿Usted sabe, señorita, de lo que se trata en este proceso?

CLARA Lo sé todo exactamente.

CONS. 1.º Bien, muy bien; entonces diga usted lo que sepa, haga el favor.

CLARA Miler, que era casi un hermano mío, estuvo dos años ausente en el Instituto de Hannover...

CONS. 1.º Bueno, prosiga usted.

CLARA Antes de que se ausentara, él me consideraba como su novia, aunque no públicamente.

CONS. 1.º Bien, bien.

RIT. (Con amabilidad.) No interrumpa usted.

CLARA Y cuando, hace poco tiempo, regresó, creyó tener motivos para estar celoso del señor teniente de Lauffer. Por eso aquella noche quiso pedirle cuentas. El señor teniente no quiso oirle, y le dijo que se marchase, pero Miler insistió, y dijo al señor teniente que me tenía escondida en su cuarto, y como se dirigió á buscarme, el señor teniente le cerró el paso, abalanzándose Miler sobre él, y entonces el señor teniente le dió un golpe en la cabeza con el sable, pero á pesar de todo, Miler se lanzó sobre la puerta, abriéndola violentamente.

CONS. 1.º (Movimiento en todos.) ¿Pero cómo sabe usted tan exactamente todo lo que pasó?

CLARA (Pausa y vacilación.) Porque yo estaba en aquella habitación. (Rosler, que habrá escuchado atónito, cae desplomado, y Burgraf le sostiene.) Comprendo vuestro asombro, sí, pero mi conciencia me dice que debo hablar, y por eso he venido á declarar, porque no quiero que á Miler se le aplique una pena mayor de la que merece, ni que se prolongue más el suplicio de ese hombre, (Por de Lauffer.) ni que jure en falso por salvarme.

RIT. Señor Consejero, el asunto ahora está bien claro. Solo falta oir al acusado y al señor teniente de Lauffer. Cabo Miler, ¿está usted conforme con la declaración de la señorita Clara Rosler?

MIL. (Con amargura.) Absolutamente conforme. (Se sienta y esconde la cabeza entre las manos.)

RIT. Y usted, señor teniente de Lauffer, ¿tiene algo que rectificar á la declaración de esta señorita?

LAUF. Nada. (Rosler, rugiente, quiere precipitarse sobre Lauffer, pero Burgraf le sujeta.)

RIT. (Con energía.) Silencio, sargento.

BUR. Serenidad y sangre fría, bastante hay con uno. (A Rosler. Los jueces abandonan sus asientos, y quedarán delante de Rosler y Burgraf. Clara se acerca á Rosler.)

VAL. (Mirando al grupo con el monóculo.) Pues señor, si los franceses se enteran de que nuestros sargentos veteranos se desmayan, pronto creerán que ha sonado para ellos la hora de la revancha (1). (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

(1) Se emplea este galicismo en vez de la palabra castellana «desquite», porque en este caso particular resulta más expresiva, y también porque se usa en el original alemán.

ACTO CUARTO

Decoración igual á la del acto segundo

ESCENA PRIMERA

LAUFFER y BLASIUS

(Lauffer estará tendido en la «chaisse-longue». Las prendas de uniforme estarán en desorden sobre la mesa y las sillas. Después de un rato se levanta como fatigado y se dirige á la puerta, llamando á Blasius. Luego se para delante de una mesa de escribir.)

BLA. Señor teniente.

LAUF. Puedes arreglar el cuarto y encender la luz, cuanto antes mejor.

BLA. A la orden, señor teniente. (Ejecuta lo mandado.) ¿Quiere el señor teniente café ó té? Pronto puede hacerse, pues he comprado espíritu de vino.

LAUF. Déjame, muchacho, no quiero nada.

BLA. O si manda el señor teniente que le traiga un jarro de cerveza del Suizo, puedo traerla de la mejor, como también buenas cosas de comer, pues ha habido matanza.

LAUF. (Incomodado.) ¡Cállate con mil demonios! (Reprimiéndose.) No, no quiero nada, no tengo gana. Eres un buen muchacho que te interesas por mí. (Le da un puñado de cigarrillos.) Toma.

BLA. (Queriendo besarle las manos.) Gracias, muchas gracias, señor teniente.

LAUF. Vaya, vaya, déjame.

BLA. ¿No manda otra cosa el señor teniente?

LAUF (Saca el reloj y se lo pone en el oído.) No, nada. Parece que se ha parado. Dime, ¿qué hora es?

BLA. Las diez menos cuarto. La guardia se está preparando para la retreta.

LAUF. Bueno, si has concluído la limpieza, puedes irte á la cama.

BLA. A la orden, señor teniente.

LAUF (Llamándole.) Escucha, muchacho, dile al señor teniente Caprivi, que desearía hablarle un momento, que si quiere hacerme el favor de venir.

BLA. A la orden, señor teniente. (Sale corriendo y Lauffer queda paseando intranquilo. Después se pone delante del espejo, se arregla el traje y se asea.)

ESCENA II

LAUFFER y CAPRIVI

CAP. (Entra cohibido.) ¡Hola, Federico!

LAUF. (Sale á su encuentro y le saluda.) Dispensa que te mandara llamar. (Primero vacila, después habla con decisión.) Yo no puedo estar solo. Yo tengo necesidad de hablar con alguien.

CAP. Lo comprendo. Aunque tú no me hubieras llamado, yo habría venido.

LAUF. ¡De veras! (Apretándole las manos.) Gracias, amigo mío.

CAP. (Abrazándole.) Sí, hubiese venido sin esperar á que me llamaras, pero necesitaba tiempo para tranquilizarme. Inmediatamente, después de la vista, no me atreví á venir por temor á que riñésemos, y lo quise evitar. Ahora, que los dos estamos más tranquilos, podemos hablar, si te parece.

LAUF Una vez más, gracias por todo, y te debo decir que no hubiéramos reñido; te habría

escuchado con paciencia, pues por muchos cargos que tú me hubieses hecho, no podía haber entre ellos ninguno que no me hubiera yo hecho antes. (Ríe nerviosamente.)

CAP. (Con extrañeza.) No me parece que la cosa sea para tomarla á risa.

LAUF. Claro que no, y Dios haga que nunca te rías como yo he reído ahora. En fin, regáñame, lo que quieras. Te escucho.

CAP. Regañarte, no, hombre. Tienes ya la edad suficiente, y puedes tú hacerte los cargos que mereces. Lo que sí te diré es que durante toda aquella vista interminable, horrible, sufrí espantosamente. (Paseando.) De una parte mi amistad quería favorecerte, y de otra mi conciencia me obligaba á cumplir con mi deber de defensor del procesado.

LAUF. No necesitas decirme nada. Comprendo tu situación.

CAP. ¡Que vergüenza! ¡Que vergüenza para todos los que ceñimos espada!... Conocía muy bien tus defectos, pero como formaban parte de tí, lo mismo te quería con ellos, porque me parecía que tu fondo era irreprochable. Si con cualquier muchacha honrada hubieses cometido una calaverada, te la hubiere perdonado, y te la habría anotado entre tus defectos, pero que por tu culpa se hable mal de nuestra clase, que pueda decirse con razón que un oficial no púede pedir respeto á sus subordinados si él mismo no respeta los más sagrados derechos de ellos, eso si que no te lo perdono. ¡Y yo que te hice tantas advertencias aquella maldita noche! ¡Como veía yo venir la catástrofe! Pero tú, nada, sin hacer caso.

LAUF. Ahora basta ya, que al fin te saliste con la tuya de regañarme. (Se sienta en la «chaise-longue».) Mira, ya te dije, que todo lo que tú me pudieras decir, me lo he dicho yo muchas veces. Ya no tiene remedio. La cosa está hecha. Lo que hay que ver ahora es la determinación que hay que tomar. Te pido tu consejo en recompensa de lo que me hiciste

sufrir durante la vista, impidiéndome jurar en falso, cosa que no te agradezco.

CAP. ¡Te has vuelto loco!

LAUF. No, amigo, no estoy loco; estoy cuerdo y bien cuerdo. Si hubiera yo... jurado... la cosa se habria arreglado, y ahora ¡ya ves como está! ¡Qué situación la mía! Todo en mi se agita y se revuelve. ¡No sé qué hacer! Esto si que es para volverse loco.

CAP. Tú seguramente ignoras que por jurar en falso se va á presidio.

LAUF. Lo sé perfectamente, pero yo tenía el deber de proceder así. ¿O crees que no? (*Caprivi escucha asombrado.*) Sí, peor que ir á presidio es para mí lo que ha sucedido y acaso lo que sucederá. Yo antes consideraba á Miler como de la canalla, y ahora tengo que bajar la vista delante de él, porque yo me veía obligado á mentir, pero la mentira redundaba en mi provecho, y él, él mentía sabiendo que era en su daño. No me digas, esto es peor que ir á presidio.

CAP. Tú no sabes lo que dices.

LAUF. Sí, lo sé, como sé también que necesito tener una explicación con el sargento Rosler y con Clara. Todavía quedan estas cuentas que arreglar.

CAP. ¿Por qué no te casas con la muchacha? De esa manera se arreglaba todo.

LAUF. Casarme, dices. Yo lo pensé (*Medita.*) porque no soy tan superficial como quizás te hayas figurado, y porque quiero á Clarita con verdadera pasión, y sé que ella me quiere, como ha probado con su generoso y admirable proceder para conmigo, sacrificándose sin temor de ninguna clase. Creo que no soy digno de ella. Que vale mucho más que yo, que su alma es mejor, más noble y más grande que la mia, y me casaría con ella con gusto.

CAP. Pues ¡adelante! ¿Qué te detiene?

LAUF Que yo no tengo los arranques de ella, y temo á mis padres, la verdad.

CAP. ¿De veras?

LAUF. Y también me detiene, no el tener un suegro como el padre, que es un veterano respetable; lo que me detiene es que me moriría de vergüenza si algún día se me presentaban los parientes de Clara, que son de condición social muy inferior á la mía, y delante de gente me trataban con familiaridad. Con eso sí que no puedo. Con eso no transijo, ni transigiría mi familia, ni yo tengo derecho á imponer á los míos una parentela de esa clase.

CAP (Con frialdad) Entonces no hablemos más. Tú no quieres á Clarita. Crees que la quieres. Si la amaras de veras, no te detendrían esos escrúpulos. Puesto que ese que era el único medio de salir con decoro del conflicto no lo aceptas no hay más remedio que sufrir las consecuencias. No quiero perder el tiempo en hacerte consideraciones inútiles. Si me necesitas ya sabes que puedes disponer de mí. Vaya, adiós. (Con frialdad. Sale, y Lauffer le mira con extrañeza. Se dirige hacia la puerta como si quisiera llamarle, pero haciendo un gesto de resignación se deja caer en el sillón. Llaman dos veces. La primera vez no oye, a la segunda se levanta sobresaltado.)

ESCENA III

LAUFFER y BLASSIUS

BLA. Es el señor sargento.

LAUF. (Asustado.) ¿Quién dices que es?

BLA. El señor sargento Rosler que desea hablar con usted.

LAUF (Vacilante.) Que pase.

BLA. A la orden. (Sale y deja pasar á Rosler.)

ESCENA IV

LAUFFER y ROSLER

(Entra Rosler y se cuadra. No lleva sable. Lleva la gorra en la mano y una condecoración. Pausa larga.)

LAUF. ¿Quería usted hablarme, sargento? (Desconcertado.)

ROS. A la orden, señor teniente. Esperé hasta ver que se encendía la luz de su habitación y dije: ahora es tiempo de presentarme.

LAUF. Bueno... sí, comprendo que tenemos que hablar.

ROS. A la orden, señor teniente. Sí, tenemos que hablar.

LAUF. (Con decisión penosa.) Pues sí, sargento, lo sé, lo reconozco, le he hecho á usted un inmenso agravio, un agravio que no se puede reparar con nada. Pero hombre no guarde usted la posición militar. (Rosler obedece y deja la gorra en una silla.) Aquí no está usted en actos del servicio. Sí, sargento, comprendo la gravedad de mi acción, hija de las imprudencias y arrebatos de la edad. Yo le ruego que me perdone. Se lo ruego á usted de veras, encarecidamente. Daría todo lo del mundo porque nada hubiera pasado.

ROS. (Sombrío.) Pero eso no es posible, señor teniente.

LAUF. Claro que no, por desgracia, y eso es lo horrible y lo que me desespera... Yo no sé qué hacer. Usted quería hablarme, pues bien, dígame si se le ocurre algún medio de arreglarlo.

ROS. (Con voz sorda.) A la orden, señor teniente, mire. (Saca un revólver.)

LAUF. Sargento... ¿qué significa eso?

ROS. Dispense, señor teniente. Paréceme que el asunto está claro. Este es mi revólver de reglamento y está cargado; el señor teniente tiene otro igual, pues, ya sabe.

LAUF. Sargento, eso es imposible.

ROS. ¡Imposible! ¿Por qué es imposible? Y el que mi hija esté deshonrada y á mí me señalen todos con el dedo, y que mi nombre esté manchado de lodo, eso ¿no es aun más imposible? (Gritando.) ¿Hay justicia, ó no hay justicia en el mundo? Conteste usted.

LAUF. Rosler, se lo ruego, serénese usted.

ESCENA V

DICHOS y CLARA

(Entra Clara, y después de una mirada rápida, se queda cerca de la puerta. Rosler y Lauffer la miran asombrados.)

ROS. ¿Qué es eso? ¿Qué vienes tú á hacer aquí?

CLARA (Con tranquilidad.) Te he seguido, padre.

ROS. ¿Qué vienes á buscar aquí? Anda, anda, fuera.

CLARA ¿No trataban ustedes de mí? Pues quiero, y debo estar presente.

ROS. (Con sarcasmo.) Sí, tienes razón, quédate. Puedes esconderte otra vez, ya sabes el camino. (Le indica la alcoba.)

CLARA (Mirándole con serenidad.) ¡Padre!

ROS. Me miras con la misma inocencia que si fueses honrada. Como si aun fueses mi niña buena y honesta, en quien yo había depositado toda mi confianza y todo mi cariño desde que mi hijo allá fuera está debajo de tierra; mi niña, de quien tan orgulloso estaba yo. ¡Viejo imbécil de mí! ¡Yo que al verla crecer hermosa y lozana, era tan dichoso y me envanecía cuando todos la decían cosas agradables, pensando: yo soy el padre de esa alhaja, de esa niña preciosa! Ojalá hubieses sido jibosa y más fea que el pecado, porque así aún podría quererte. (Casi llorando.) Ahora quisiera que estuvieras allá, al lado de tu hermano, antes de verte deshonrada. ¡Y á mí me ha pasado esto, á mí que consideraba mi honor como lo más alto y lo más sagrado del mundo! ¡A mí, á mí!

CLARA (Suplicante.) ¡Padre!

ROS. Y ahora me presento ante quien (A Lauffer.) tiene la culpa de todo y le digo que se bata conmigo y... (Le enseña el revólver. Clara avanza asustada.)

LAUF. (Con ademán negativo y tono de mando.) Sargento, le he dejado hablar porque sé que he procedido mal y que usted tiene razón para quejarse; pero eso que usted me pide es imposible. No puedo batirme con un sargento, me está prohibido.

ROS ¡Ah! no puede usted batirse con un sargento. Ya, ya. Se me había olvidado. Soy un sargento, un ser inferior, y debo considerar como un gran honor que se haya dignado el señor teniente de Lauffer fijar sus ojos en mi hija. (Ríe nerviosamente.) Estúpido de mí. Yo creía ser algo. Durante treinta años he servido en el ejército con todas las energías de mi cuerpo y con todos los entusiasmos de mi alma. Bien sabía que no podía ascender; pero no importa, decía yo, tambien mi categoría modesta tiene su honor. ¡Su honor! Y ostentaba yo con orgullo mis galones y mi sable, y no digamos esta insignia. (Golpeando la cruz que lleva en el pecho.) Cuando celebré el veinticinco aniversario de mi ingreso en el ejército, decía yo para mí: «No soy yo poca cosa.» Y todo era mentira y engaño. (La emoción le interrumpe. Clara se deja caer en una silla ocultando su cara con las manos, levantando la cabeza de vez en cuando con desesperación.)

LAUF. ¡Por Dios!

ROS. (Sin oirle.) Esta cruz, cuando me la puse esta mañana, pensé tan orgulloso en que era yo el único en el regimiento que la tenía. Nadie, ni el coronel, la tiene, y ahora (Se arranca la cruz.) ¡fuera oropeles! esto no es otra cosa que un pedazo de hierro, nada más. Lo mismo que en mi pecho puede estar en el arroyo. (Quiere tirar la cruz y se detiene.) Y, sin embargo, ¡con qué respeto la he mirado siempre, con qué amor y veneración! Siem-

pre soñaba con ser enterrado con ella. ¡Y qué ha pasado ahora que ya no la quiero llevar! No, no debo llevarla, no soy digno de ella. (La deja en una mesa llorando.) Todo en mí se ha desgarrado, se ha hundido. De la noche á la mañana me he convertido en un miserable, y sin culpa mía. (Mira á Lauffer como despertando.) Antes, cuando en la obscuridad estaba yo esperando el momento de presentarme aquí, estuve á punto de poner fin á todo. (Con furor.) Pero no, dije, el otro también lo pagará, y si no me hace justicia me la tomaré yo por mi propia mano. (Levanta el revólver y apunta á Lauffer. Este queda inmóvil mirando á Rosler. Clara lanza un grito y se abraza á su padre protegiendo á Lauffer.)

CLARA ¡Padre mío, por Dios! (Rosler lanza fuertemente al suelo á su hija y ésta queda arrodillada. Vuelve Rosler á apuntar á Lauffer, pero tiembla y baja lentamente el arma.)

ROS. No, no puedo. Es mi teniente. No puedo, soy cobarde. (Sollozando.) Durante treinta años no he hecho más que obedecer; eso me ha amansado para siempre. No puedo ya ni vengarme. Todo lo aguantaré. Soy cobarde, soy cobarde. ¡Y cómo se parece al padre cuando me salvó la vida! (Se tapa la cara con la mano izquierda.) No puedo, me falta valor. El padre me salvó la vida, el hijo me la quita. Cuenta cabal. (Se inclina llorando hacia Clara para besarla.) Pobre niña mía.. nosotros dos... (Transición brusca.) Anda, vámonos de aquí. Marchémonos, ocultémonos en algún agujero para que las gentes no nos vean y nos señalen diciendo: «Miradlos, sí, ellos son.» (Clara se levanta ayudada por él y mira á su padre con serenidad.) No me mires así á la cara, con esa calma, como esta mañana cuando pregonaste tu deshonra ante todos. ¡Miserable! (Indicándole la puerta.) Vamos, anda, y concluyamos. (Con furia al verla vacilar.) Te digo que salgas.

CLARA (Primero angustiada, luego decidida.) Padre, quiero quedarme aquí. (Indicando vagamente á Lauf-

fer. Rosler retrocede asombrado.) No eres justo con él, padre. El ha caído como nosotros, no de otro modo, y la culpa la tengo yo, sí, yo. Si hubiera yo tenido la suficiente fuerza de voluntad, todos estaríamos como antes. Sí, yo tengo la culpa, (Muy bajo.) porque le quería, porque le quiero. Padre, tú sabes cómo era yo, y si no le hubiera conocido, así habría continuado. Luché defendiéndome de este amor, pero fuí vencida. (Se oye lejos el toque de retreta.)

ROS. (Tambaleándose.) Pero, ¿quién eres tú que así me hablas? ¿Eres una infame ó eres una loca?

CLARA (Transfigurada.) ¿Oyes, padre? Es la retreta. Siempre que la oía, una fuerza superior, irresistible, me impulsaba hacia aquí, á su lado.

LAUF. (Tendiéndole los brazos.) ¡Clara!

CLARA ¡Federico! (Clara quiere precipitarse hacia él, pero Rosler la detiene.)

ROS. No ante mis ojos. No ante mis ojos. Antes muerta, sí, antes muerta. (Levanta rápidamente el revólver y dispara sobre Clara.)

LAUF. ¡Sargento! (Gritando se precipita hacia Rosler para impedir el disparo, pero llega tarde. Clara se lleva la mano al pecho; se tambalea.)

CLARA (Con voz apagada.) ¡Gracias, padre mío! (Cae. Rosler, espantado, ve caer á su hija, como si entonces comprendiera lo que ha hecho. Lauffer quiere acercarse á ella, pero Rosler le rechaza con un ademán. Se arrodilla delante de ella y levanta su cabeza con cuidado infinito. Clara abre los ojos, deja una mano al padre y con la otra busca la de Lauffer murmurando muy quedo:) ¡Federico! (Lauffer solloza arrodillado. Clara levanta la cabeza, sonríe débilmente y muere. Rosler la deposita lentamente en el suelo, la mira otra vez, se levanta con trabajo y dice tranquilamente á Lauffer.)

ROS. Ahora, señor teniente, puede usted llamar otra vez al cabo de guardia. (Telón.)

FIN DEL DRAMA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas